

La Viuda de Naim (Lc 7, 11-17) ¿No te importa que me haya quedado sola?

1. **Getting Ready!** Preparación

La Sagrada Escritura debe leerse en sintonía con el Espíritu Santo porque Él inspiró a S. Lucas para que nos legase esta historia tan apasionante (Lc 7, 11-17). Coloca la Biblia abierta por esta página en mitad de la sala, delante enciende una velita. Apaga las luces. Invocad al Espíritu rezando la siguiente oración. Mientras, poned en bajito – como música de fondo – esta canción:

<https://www.youtube.com/watch?v=fCPHgBQRps> (“Veni, Sancte Spiritus”)

*Ven, Espíritu Santo,
Llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos el fuego de tu amor.
Envía, Señor, tu Espíritu.
Que renueve la faz de la Tierra.*

Oremos:

*Oh Dios, que llenaste los corazones de tus
fieles con la luz del Espíritu
Santo; concédenos que,
guiados por el mismo Espíritu,
sintamos con rectitud y
gocemos siempre de tu consuelo.
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.*

Mientras continúa sonando la canción de fondo, que alguien lea Lc 7, 11-17.

“Poco tiempo después iba camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad le acompañaba. Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: <<No llores>>. Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: <<¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!>>. El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos de temor, daban gloria a Dios, diciendo: <<Un gran Profeta ha surgido entre nosotros>>, y <<Dios ha visitado a su pueblo>>. Este hecho se divulgó por toda Judea y por toda la comarca circundante.”

2. **Taking a look!** Ubicándonos

A través del pasaje de hoy palpamos el misterio más hondo de la condición humana, el sufrimiento. En Lc 7, 12 se nos presenta la escena de forma lacónica, con tristeza fúnebre. San Lucas es el mejor evangelista a la hora de describir. En pocas pinceladas dibuja la escena: sacan a enterrar a un joven, “hijo único de su madre, que era viuda”. Entre líneas leemos la palabra ‘soledad’. El marido de esta mujer ya había muerto. Por si esto fuera poco, en aquella época las familias solían ser numerosas. Sin embargo, el caso al que nos enfrentamos es dramático. Esta mujer sólo tenía un hijo y ahora está también muerto. Se quedaba sola y desconsolada. Detrás de esta situación contemplo a tantas familias que durante el tiempo de pandemia han perdido uno o varios

miembros. El panorama es devastador. Sólo así captamos la segunda parte del versículo: “una multitud la acompañaba”. Evidentemente, como cuando suceden desgracias o muertes inesperadas en nuestros pueblos, la iglesia se llena. Toda la población de Naim desea acompañarla. La aldea está muy cerquita de Nazareth, a sólo 10 km. Es diminuta. Pero aquí viene el punto dramático. La masa de gente acompaña... pero no sana un corazón roto. La carencia afectiva que anida en el corazón de esta viuda no se repara. La herida durará de por vida. Es más, en aquella época no había pensiones de viudedad. Sin marido ni hijo, esta mujer ya no tendría ingresos. Al día siguiente del entierro sólo quedaría soledad interior y exterior... en otras palabras: también indigencia material. Menudo panorama.

¡Ah! Me encanta que no conozcamos el nombre de la protagonista de esta historia, para que así, cada una pueda sentirse identificada con ella.

3. **Thinking through! Meditación**

- *El mirar divino.* Perdonad que me ponga un poco pedante. El siguiente versículo (Lc 7, 13) es interesante. En griego aparece lo que llamamos un “participio causal”. Se podría traducir como “Jesús, habiéndola visto, se compadeció”. Entre en verbo ‘ver’ y ‘compadecerse’ hay una relación de causa-efecto... ¿Cómo sería la mirada de Jesús? En muchos pasajes intuimos que profunda, de conocimiento. Nosotros miramos la periferia. Vivimos en la generación del Instagram y las redes sociales. Nos quedamos con el perfil, con la apariencia, pero Jesús es profundo. La oración es dejarse mirar por Cristo. Por esta razón, el primer movimiento de la oración – cuando entro en la Iglesia – debería ser el “sentirme mirado”. Pero esta mirada de Jesús no capta una foto, sino una radiografía. Nos conoce por dentro. El resto de la multitud se compadecía de la mujer, pero Jesús la comprende a fondo.

¡Comparte! ¿Por qué todavía buscas con tanta angustia el sentirte comprendida por los demás, el que se compadezcan de ti? Sólo Él te comprende por completo. ¿En la oración buscas el “rostro de Jesús”? ¿Te encuentras con su mirada o sólo repites fórmulas huecas y te quejas como si el Sagrario fuera un “libro de reclamaciones”?

- *“Se compadeció” (Lc 7, 13).* Yo las llamo las palabras mágicas. Frecuentemente, antes de cada milagro, San Lucas refiere que Cristo “se compadece”. Siempre usa el mismo verbo. Por desgracia, cometemos un error de lectura típico cuando nos ponemos ante los evangelios. Nos quedamos en lo que Cristo dijo o hizo, como si la Biblia fuese una crónica. Sin embargo, este evangelio nos abre la ventana del Corazón de Jesús porque no nos habla de lo que Cristo hizo, sino de sus sentimientos. Todas las acciones exteriores brotan del amor apasionado del interior del Corazón de Cristo. ¡La atención debe concentrarse en este punto pues Jesús es su Corazón! S. Jerónimo, cuando tradujo la Biblia al latín, plasmó estas palabras con un “misericordia motus”, o lo que es lo mismo, “movidio por la misericordia”. ¡Qué pasada! Todo lo que Jesús hace depende de lo que siente.

¡Comparte! Dios no sólo te ve, sino que te siente. La compasión de Jesús significa que a Él le afectan también tus problemas. Nada hay en tu corazón que no encuentre eco en el de Jesús. Al Encarnarse, convierte tus dificultades en los tuyas. ¿Descubro que Dios se interesa por mí? ¿Comprendo el alcance real de su amor, que se extiende a cada una de mis circunstancias?

- *“No llores” (Lc 7, 13).* ¡Cuántas veces has dicho tú esta frase a tus hijos! Se caen al suelo porque están jugando y rápido se echan a llorar. Generalmente usas la expresión cuando los niños dramatizan y rompen a gritar a lágrima viva por cualquier tontuna. Reconoce que cuando Jesús emplea la expresión desconcierta un poco. Yo, por lo menos, jamás le he dicho a nadie en un pésame “no llores”. ¡Es normal que la gente llore! ¡Necesita desahogarse! ¡Le ha sucedido una desgracia! En el idioma de Jesús existen dos tipos de imperativos para dar una orden. Aquí Jesús usa un imperativo que funciona para dar una orden taxativa, con validez permanente. Por ejemplo, como cuando le dices a tu hijo “no fumes”. No te refieres a que no fume en este sitio o en el otro, sino a que no se le ocurra nunca fumar porque es perjudicial. Pues imagina la conclusión que de esto se desprende: no te dejes jamás abatir por la tristeza, aparca el llanto.

¡Comparte! Jesús es mi consuelo. ¿Con quién me desahogo? ¿Busco en la oración el desahogar mi corazón con Dios? Hay gente que se pasa la vida lamentándose, lamiéndose sus heridas... ¿Soy de esas? A veces nos recreamos en nuestro propio dolor y no buscamos sanación. En serio, conozco personas que prefieren quejarse todo el tiempo de lo malas que están antes que ir al médico. ¿Pongo remedio y solución a mis ‘heridas del alma’? ¿Cuánto hace que no me confieso? ¿Me confieso bien?

- *“A ti te digo: levántate” (Lc 7, 14).* Reconozco que hay momentos de bajón. Todos los tenemos. No somos superhéroes. Sin embargo, toca resucitar. No digo ‘levantarse’, sino ‘resucitar’. De nuevo, acudimos a la filología. En el idioma de Jesús, levantarse y resucitar son el mismo verbo, se emplea la misma palabra. Jesús resucita al hijo de la viuda de Naim, pero este evangelio está escrito para mí. Jesús se detiene ante mi féretro. No sólo nos sentimos identificadas con la madre viuda, también con el hijo. Ambos están en la misma situación: muertos. Tanto la madre como el hijo tienen que resucitar. Uno ha perdido la vida biológica, pero la madre ya tampoco tiene vida, se le ha agotado la esperanza, está exhausta de sufrir. Le aguarda una existencia de sombras, deseando más la muerte que el seguir añadiendo años a su vida. Pero brilla la esperanza. Jesús toma de la mano al chico y le dice “levántate” o, lo que es lo mismo, “resucita”. Mírate, por favor, mírate a ti misma. Estás necesitada de esta misma acción, de una resurrección espiritual, de sanación interior. Y, una buena noticia: no estás sola. Cristo ya está acercándose a este féretro. Cambiará el entierro en fiesta.

¡Comparte! ¿Qué cosas son las que más levantan mi ánimo? ¿En qué medida mi ambiente parroquial o mi grupo Ein Karem me ayudan a remontar el vuelo? ¿Qué luces encuentro en estas reuniones? Sé que es muy personal... Pero, ¿alguna vez te has encontrado en una situación como la de la viuda de Naim, en un punto límite, de estar contra las cuerdas? ¿Cómo has salido?

4. **Let’s pray! Reza**

De nuevo, al igual que el mes pasado, os dejo otra oración del padre Emiliano Tardiff, un sacerdote carismático fundador de la Comunidad “Cristo Vivo”. Solía rezar estas palabras al acabar sus oraciones de alabanza o Misas, para pedir la sanación espiritual e incluso física de todos los presentes. Te sugiero volver a poner la música de fondo del principio (‘Veni, Sancte Spiritus’) y rezar, todas juntas, despacio.

*Señor Jesús, creo que estás vivo y resucitado.
Creo que estás realmente presente en el Santísimo Sacramento del altar y en cada uno
de los que en ti creemos. Te alabo y te adoro.*

*Te doy gracias, Señor, por venir hasta mí, como Pan Vivo bajado del cielo.
Tú eres la plenitud de la vida. Tú eres la resurrección y la vida. Tú eres, Señor, la salud
de los enfermos.*

*Hoy quiero presentarte todas mis enfermedades porque tú eres el mismo ayer, hoy y
siempre y tú mismo me alcanzas hasta donde estoy. Tú eres el eterno presente y tú me
conoces... Ahora, Señor, te pido que tengas compasión de mí. Visítame a través de tu
Evangelio para que todos reconozcan que tú estás vivo en tu Iglesia hoy y que se
renueve mi fe y mi confianza en ti.*

Te lo suplico, Jesús.

*Ten compasión de mis sufrimientos físicos y de mis heridas emocionales y de cualquier
enfermedad de mi alma. Ten compasión de mí, Señor. Bendíceme y haz que vuelva a
encontrar la salud. Que mi fe crezca y me abra a las maravillas de tu amor, para que
también sea testigo de tu poder y de tu compasión. Te lo pido, Jesús, por el poder de
tus santas llagas, por tu santa cruz y tu preciosa sangre.*

*Sáname, Señor. Sana mi cuerpo, sana mi corazón, sana mi alma. Dame vida y vida en
abundancia. Te lo pido por intercesión de María Santísima, tu madre, la Virgen de los
Dolores, la que estaba presente, de pie, cerca de la Cruz. La que fue la primera en
contemplar tus santas llagas y que nos diste por madre.*

*Tú nos has revelado que ya has tomado sobre ti todas nuestras dolencias y por tus
santas llagas hemos sido curados. Hoy, Señor, te presento en fe todas mis
enfermedades y te pido que me sanes completamente. Te pido por la gloria del Padre
del cielo, que también sanes a los enfermos de mi familia y mis amigos. Haz que
crezcan en la fe, en la esperanza, y que reciban la salud para gloria de tu Nombre. Para
que tu Reino siga extendiéndose más y más en los corazones, a través de los prodigios
de tu amor. Todo esto te lo pido porque tú eres Jesús, el buen Pastor y todos somos
ovejas de tu rebaño. Estoy tan seguro de tu amor que, aún antes de conocer el
resultado de mi oración, en fe te digo: "Gracias, Jesús, por lo que vas a hacer en mí y en
cada uno de ellos".*

*Gracias por las enfermedades que tú estás sanando ahora, gracias por los que tú estás
visitando con tu misericordia. Amén.*